

## CARMEN TRUEBA ATIENZA (1954–2023)

**E**scribir acerca de una gran persona, amiga y filósofa es un gran privilegio. En primera instancia consideré más apropiado que lo hicieran sus colegas y alumnos, pues Carmen Trueba Atienza fue una destacada académica y profesora, pero ante la solicitud de hacerlo desde un lugar más personal no pude negarme debido al gran cariño que le tengo, no importando las limitaciones de este breve texto.

Fui amiga de Carmen casi toda la vida. La conocí cuando éramos estudiantes de filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México, allá por 1977. Iba dos años arriba de mí, pero en cuanto nos conocimos entablamos una sincera amistad. Ella rememoraba con gusto una reunión en mi casa donde nos la pasamos platicando hasta el amanecer. Desde esa noche fuimos inseparables ya que teníamos muchas cosas en común.

Oriunda de Orizaba, Veracruz, Carmen se distinguía por su alegría y agudo sentido del humor. Hija de una próspera familia, había sido educada según las normas y el ambiente social de la época. En eso coincidíamos mucho, ella me decía: “Ana, tu familia de Culiacán y la mía son muy parecidas”, capítulo de nuestras vidas que a las dos nos resultaba sumamente entrañable. Generosa y solidaria, Carmen incluso me invitó a vivir en casa de su familia —ya radicada en la Ciudad de México— un par de meses, mientras yo resolvía ciertas vicisitudes personales. Por ello, conocí a sus padres y hermanos, todos personas amables y cariñosas. También, años más tarde, me ayudó a tramitar algunos exámenes extraordinarios estando yo fuera del país. Una invaluable amiga.

Carmen se casó con un compañero de filosofía, José de Teresa, y tuvo dos lindas hijas: Sofía e Irene. Empezó a dar clases de filosofía en distintas instituciones educativas, como el CUM, el ITAM, la Universidad Pedagógica, la UAM, la UNAM, etcétera, pero después de su divorcio decidió concursar por una plaza de profesora de filosofía en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, propósito que consiguió debido a su tenacidad e inteligencia. Además, realizó estudios de posgrado en el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) del Colegio de México y tomó cursos de griego antiguo debido a que se fue especializando en filosofía griega, concretamente

en Aristóteles; estudios que la llevaron posteriormente a hacer un doctorado en la UNAM y una estancia de investigación en Inglaterra.

El mundo griego fue preponderante en su vida, no sólo porque tenía un enorme interés cultural y filosófico en él, sino porque lo compartió con sus alumnos y amigos, al punto de interesarse en encontrar colegas académicos que tradujeran algunas obras para ampliar los horizontes de tal conocimiento; una completa entusiasta. Pero su pasión no se constreñía a la filosofía, amaba íntimamente la poesía griega y universal, era capaz de adentrarse complacida en mundos literarios de todo tipo, como la sensible lectora que era.

Me resulta difícil hablar de alguien con tantos y diversos atributos. Colaboró con responsabilidad y esfuerzo cuando fue tesorera y después vicepresidente de la Sociedad Filosófica de México y participó con compromiso en los estudios y debates feministas. Se preocupaba por sacar adelante a sus estudiantes y también por reunir trabajos de sus colegas filósofos —nacionales y extranjeros— en obras que ella misma compiló, como *Racionalidad: lenguaje, argumentación y acción*, *De acciones, deseos y razón práctica* (con Teresa de Santiago) y *La felicidad: perspectivas antiguas, modernas y contemporáneas*. Ése era otro rasgo de mi querida amiga: su predilección por impulsar a las personas con las que trataba. A pesar del cansancio y las dificultades, cristalizaba sus proyectos con un empeño y determinación sustentados en su propia motivación y amor a la vida.

Recuerdo en este momento su cumpleaños 50. Carmen congregó a todos sus amigos y familiares en su casa de Tepepan. Había colocado una carpa en el jardín, pero ese día no llovió sino diluvió, como caían grandes chorros de agua, tuvimos que celebrarlo adentro, muy divertidos por el percance y amenizados por un conjunto de música jarocho. Ella gozaba profundamente de la música e incluso tocaba el piano. Además, hizo otra gran fiesta para celebrar sus 60 años, esta vez en un espacio de arquitectura ecológica en Xochimilco, era evidente la felicidad que la embargaba cuando festejaba dichosa del ágape, el baile y la conversación con su gente querida.

Carmen tuvo muchas amigas y amigos, así como alumnos y alumnas que la seguían, porque valoraba con respeto a cada quien. Reconocía las cualidades de las personas por encima de sus defectos, así que entre amigos y como maestra se movía como pez en el agua. Sus comentarios eran sagaces además se expresaba con contundente claridad. Pero lo más insólito y encantador era que solía recurrir al humor y al sarcasmo para aligerar la seriedad de las

cosas. En verdad terminaba haciéndote soltar una carcajada. Muchas de sus amistades al pensar en ella escuchan su sonora y característica risa contagiosa. ¡Cómo nos hacía reír!

Tenemos un grupo llamado “Las griegas” que se formó por los años ochenta y al que me incorporé en los noventa por invitación de Carmen. Su nombre surgió porque se pusieron a estudiar a los griegos, pero el interés creció cuando ella les dio un curso sobre el papel de la mujer en la Grecia antigua. A mí me tocó leer, cuando me integré, algunas tragedias griegas y disfrutar del conocimiento vasto y erudito de Carmen. Inteligente, perspicaz, documentada y atinada, nos transportaba a la mitología, la literatura, la poesía y la filosofía griegas, ¡todo en conjunto! Ejemplo de ello es su libro titulado *Ética y tragedia en Aristóteles*. Nosotras tuvimos la fortuna de conocer sus grandes dotes como maestra en un ágora de amigas del siglo xx y xxi. Un bien propio —el de Carmen— convertido en bien común.

El grupo todavía existe, pero su ausencia ha sido significativa, pues ella indicaba los distintos derroteros por donde podíamos continuar. Sobre todo, lograba seducirnos con su lucidez y detalladas reflexiones. Supo ir más allá del mundo provinciano, contribuir con enérgica entrega, como filósofa y docente, a las esferas universitarias y al pensamiento sobre la situación de la mujer; por supuesto acompañada cotidianamente de la literatura y el arte. No sólo investigó las cuestiones éticas del ser humano, sino que practicó las virtudes que ponderaba Aristóteles, pues enfrentó con valentía y templanza la difícil enfermedad que diezmó su salud. Carmen tuvo muchos actos de fraternal dadivosidad y de equilibrada reconciliación aristotélica. La recordaremos con admiración, llena de vida, sumamente brillante e instruida, diligente y trabajadora, segura de sí misma y amorosa. Siempre me decía: “Hay que animarnos, amiga. ¡Anímate!” Sin duda se trataba de su genuina y vigorosa vitalidad helena.

Mil gracias, Carmen, por tu amistad y tus valiosas enseñanzas.

**ANA SEGOVIA CAMELO**

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Arquitectura

anasecam@gmail.com

D. R. © Ana Segovia Camelo, Ciudad de México, julio-diciembre, 2023.